

viejos es benévola y dulce; la de los jóvenes es implacable; aquélla lo sabe todo, ésta no sabe nada. Por otra parte, hay en el fondo de todas las acciones humanas un laberinto de razones determinantes, de las cuales se ha reservado Dios el juicio definitivo. No sea usted severo sino para sí mismo. Su fortuna está delante de usted; pero nadie en el mundo puede hacer la suya sin ayuda de otro; frecuente usted la casa de mi padre; tiene sus puertas abiertas; las relaciones que allí se crean le servirán en muchas ocasiones; pero no ceda una pulgada de terreno á mi madre, que aplasta al que se le entrega y admira la altivez del que la resiste; se parece al hierro, que batido puede unirse al hierro, pero que rompe con su contacto todo lo que no tiene su dureza; cultive su trato, y si le quiere bien, ella le introducirá en los salones donde adquirirá esa fatal ciencia del mundo, el arte de escuchar, de hablar, de responder, de presentarse, de salir, el lenguaje adecuado, esa *cosa* especial que no es más que la superioridad de la costumbre, que no constituye el genio, pero sin la cual el talento más brillante jamás sería admitido. Le conozco demasiado para estar segura de no engañarme viéndole de antemano como deseo que sea: sencillo en las maneras, dulce en las palabras, altivo sin fatuidad, respetuoso con los ancianos, previsor sin servilismo y discreto sobre todo. Despliegue su talento, pero no sirva de diversión á los demás, pues si su superioridad hiere á una medianía, ésta dirá de usted: «es muy divertido», lo cual es un término de desprecio. Que su superioridad sea siempre leonina. No trate de complacer á los hombres; le recomiendo en sus relaciones con ellos esta

frialdad que á veces llega hasta la impertinencia; todos respetan al que los desdén, y ese desdén le valdrá el favor de las mujeres, que le estimarán en razón del poco caso que haga de los hombres. No admita usted nunca cerca de sí personas desconsideradas, aun cuando no merezcan su reputación, porque el mundo nos pide cuenta de nuestras amistades lo mismo que de nuestros odios; que sus juicios sean en este punto bien y maduramente meditados, pero irrevocables. Cuando los hombres rechazados por usted hayan justificado su repulsión, los demás buscarán su aprecio; así inspirará ese respeto tácito que tanto engrandece al hombre entre los hombres. Posee usted ya la juventud que agrada, la gracia que seduce, la discreción que conserva las conquistas. Todo lo que acabo de decirle puede encerrarse en este antiguo lema: *nobleza obliga!*

»Aplique ahora estos preceptos á la política de los negocios. Oirá decir á muchas personas que la flexibilidad y la astucia son elementos de éxito, y que el medio de atravesar la multitud es dividirla para hacerse sitio. Amigo mío, esos principios eran buenos en la Edad media, cuando los príncipes luchaban con fuerzas rivales, sirviéndose de las unas para destruir á las otras; pero hoy todo está claro, y ese sistema le perjudicaría. Con frecuencia encontrará delante de sí, bien un hombre leal y verdadero ó bien un enemigo traidor, un hombre que procederá por la calumnia, por la maledicencia, por el engaño. Sepa, pues, que no tiene un auxiliar más poderoso; el enemigo de ese hombre es él mismo; combátalo con armas nobles, y, tarde ó temprano, será despreciado. En cuanto al primero, su franqueza de usted

le acarreará su estimación, y conciliando los intereses de ambos (que todo se concilia), le servirá bien. No tema usted hacerse enemigos; desgraciado de aquel que no los tiene en el mundo en que va á entrar; pero trate de no dar motivo ni al ridículo ni á la desconsideración; y digo trate, porque en París un hombre no siempre se pertenece: está sometido á circunstancias fatales y no podrá evitar ni el barro del arroyo, ni la teja que cae. La moral tiene sus arroyos, cuyo lodo arrojan los infames sobre los hombres honrados; pero puede usted hacerse respetar mostrándose siempre, y en todas las esferas, implacable en sus últimas determinaciones. En este conflicto de ambiciones, en medio de estas dificultades entrecruzadas, vaya siempre derecho al objeto, marche resueltamente á la cuestión, y nunca combata más que sobre un punto, pero con todas sus fuerzas. Ya sabe usted cuánto odia el señor de Mortsauf á Napoleón; le maldice, lo vigila como la justicia al criminal, le pide cuenta de la sangre del duque de Enghien, el solo infortunio que le ha hecho verter lágrimas; pero, sin embargo, le admira como el mejor de los capitanes, y con frecuencia me ha explicado su táctica. ¿No puede aplicarse esta estrategia á la guerra de intereses? Con ella se economizará tiempo, como en la guerra se economizan hombres y espacio: medite usted esto, porque una mujer se engaña con frecuencia en estas cuestiones, que juzgamos con el instinto y con el sentimiento. Insisto, no obstante, sobre un punto: toda astucia, todo engaño, es al fin descubierto, acaba por perjudicar, en tanto que la situación es clara cuando el hombre se coloca en el terreno de la franqueza. Si pudiese citarle mi ejem-

plo, le diría que en Clochegourde, obligada por el carácter del señor de Mortsauf á prevenir toda disputa y á resolver en el acto toda cuestión, he ido siempre derecha al objeto y he dicho á mi adversario: «Desatemos ó cortemos». Con frecuencia podrá usted ser útil á los demás y hacerles un favor, sin encontrar recompensas; pero no imite á los que se quejan de los hombres y se alaban de no encontrar más que ingratos. ¿No es esto ponerse sobre un pedestal? ¿Y no es, además, una necesidad confesar su poco conocimiento del mundo? ¿Hará usted el bien como un usurero que presta su oro? ¿No lo hará por el bien mismo? *¡Nobleza obliga!* Sin embargo, no haga tales favores que exciten á los hombres á ser ingratos, porque luego serán sus irreconciliables enemigos: hay la desesperación del reconocimiento, como la desesperación de la ruina, que presta fuerzas incalculables. Respecto á usted, acepte de los demás lo menos posible; no sea vasallo de nadie, no dependa sino de sí mismo. Mis advertencias, hijo mío, se refieren sólo á las pequeñeces de la vida. En el mundo político todo cambia de aspecto, y las reglas que rigen la personalidad se doblan ante los grandes intereses; pero si llega usted á la esfera en que viven los grandes hombres, será, como Dios, el único juez de sus resoluciones; no será entonces un hombre, sino la ley viviente; no será un individuo, sino la encarnación del país. Pero si juzga, también será juzgado: más tarde comparecerá ante los siglos, y usted conoce bastante la historia para haber apreciado los sentimientos y los actos que engendran la verdadera grandeza.

»Llego á la cuestión grave, á su conducta respecto

á las mujeres. En los salones que frecuente, tenga por principio no prodigarse entregándose á las pequeñeces de la coquetería. Uno de los hombres que en el siglo anterior alcanzaron mayores triunfos, tenía la costumbre de no ocuparse más que de una sola persona en la misma noche, y de dirigirse á aquella que parecía más olvidada. Y aquel hombre dominó su época. Había calculado sabiamente que, en un tiempo dado, todo el mundo lo elogiaría. La mayor parte de los jóvenes pierden su fortuna y el tiempo necesario para crearse relaciones que son la mitad de la vida social. Como agradan por sí mismos, tienen poco qué hacer por lo que se refiere á sus intereses; pero esa primavera es rápida y hay que saber emplearla. Cultive usted el trato de las mujeres influyentes, que son las viejas, las cuales le enseñarán las alianzas y los secretos de todas las familias, y los caminos de travesía que pueden llevarle á su objeto. Serán suyas de corazón, porque la protección es su último amor cuando no se hacen devotas; le servirán maravillosamente, le encomiarán y le harán desear. Huya usted de las jóvenes. No crea usted que hay el menor interés personal en lo que le digo. La mujer de cincuenta años lo hará todo por usted y la de veinte no hará nada; ésta quiere toda su vida; la otra no le pedirá más que un momento, una atención. Ría con las jóvenes, tómelo á broma, porque no son capaces de tener un pensamiento serio; generalmente, son egoístas, pequeñas, sin amistad verdadera, no aman más que á sí mismas, y le sacrifican á un éxito. Por otra parte, todas quieren que se sacrifiquen por ellas, y su situación exige que tengan para usted pretensiones inconciliables. Nien-

guna tendrá en cuenta sus intereses; pensarán todas en sí, y no en usted; le perjudicarán con su vanidad más de lo que pueden servirle con su adhesión; devorarán sin escrúpulo su tiempo, le harán olvidar su fortuna y le destruirán con la mayor gracia del mundo. Si se queja usted, la más estúpida le probará que su guante vale más que el mundo entero y que nada hay más glorioso que servirla. Todas le dirán que dan la felicidad y le harán olvidar su porvenir. La felicidad de ellas es variable, y la grandeza de usted será cierta. No sabe usted qué pérfido arte tienen para satisfacer sus caprichos, para convertir un gusto pasajero en un amor que empieza sobre la tierra y debe continuarse en el cielo. El día que le dejen, le dirán que la frase *ya no amo* justifica el abandono, como la frase *le amo* excusaba su amor, y que el amor es involuntario. ¡Doctrina absurda, hijo querido! Créalo; el verdadero amor es eterno é infinito, semejante sólo á sí mismo; es igual y puro, sin demostraciones violentas, y se ve en los cabellos blancos siempre joven de corazón. Nada de eso se encuentra en las mujeres mundanas; todas representan una comedia; ésta le interesará por sus desgracias y parecerá la más dulce y menos exigente de las mujeres, pero cuando se le haya hecho necesaria, le hará sentir su voluntad. ¿Quiere usted ser diplomático, ir, venir, estudiar los hombres, los intereses y el país? No: se quedará en París ó en sus posesiones, ella le coserá á susaldas, y será con usted más ingrata cuanto más adhesión le demuestre. Una intentará interesarle con su sujeción, se hará su paje, le seguirá románticamente al fin del mundo, se comprometerá por conservarle y será

como una piedra colgada á su cuello; pero un día se ahogará usted, y ella sobrenadará. Las mujeres menos astutas tienen infinitos lazos; la más imbécil triunfa, por la poca desconfianza que inspira. La menos peligrosa sería una mujer galante que le amase sin saber por qué, que le dejase sin motivo y volviera á tomarle por vanidad; pero todas le perjudicarán en el presente y en el porvenir. Toda joven que frecuenta el mundo, que vive de placeres y satisfacciones vanidosas, es una mujer medio corrompida que le corromperá. No será, no, la criatura casta y modesta en cuya alma reine usted siempre, y esa que le ame vivirá solitaria; sus fiestas más hermosas serán sus miradas; vivirá de sus palabras. Que esa mujer sea para usted el mundo entero, pues usted lo será para ella; ámela mucho, no le cause penas ni le dé rivales, no excite sus celos. Ser amado, hijo mío, y más que esto, ser comprendido, es la felicidad más grande: yo deseo que usted la tenga; pero esté bien seguro del corazón en que deposita sus afectos antes de comprometer la flor de su alma. Esa mujer jamás se pertenecerá, jamás pensará en sí, sino en usted; nada le disputará; no mirará jamás sus propios intereses y añadirá para usted un peligro allí donde usted no lo vea; en fin, si sufre, sufrirá sin quejarse; no tendrá coquetería personal, pero no descuidará lo que le agrada á usted en ella. Responda á ese amor sobrepujándolo. Si es usted bastante feliz para encontrar lo que le faltará siempre á su amiga, un amor igualmente inspirado, igualmente sentido, recuerde, por mucha que sea la perfección de ese amor, que en este valle vive para usted una madre cuyo corazón está saturado, que jamás podrá medir su

profundidad. Sí; le doy un afecto cuya extensión jamás le será conocida; para que se mostrase tal cual es, sería preciso que hubiera usted perdido esa hermosa inteligencia, y entonces no sabría hasta dónde podría llegar mi adhesión. ¿Pareceré sospechosa diciéndole que evite la sociedad de las jóvenes, todas más ó menos artificiosas, burlonas, vanidosas y livianas, y que se dirija á las mujeres influyentes, á esas imponentes damas llenas de discreción y de experiencia, como lo era mi tía, y que le servirán tan bien, que le defenderán contra las acusaciones secretas destruyéndolas, y dirán de usted lo que usted no podrá decir? En fin, ¿no me muestro generosa al manifestarle que reserve sus adoraciones para un ángel puro? Si esta frase: *¡Nobleza obliga!* contiene una gran parte de mis primeras recomendaciones, mis advertencias respecto á sus relaciones con las mujeres se encierran también en este lema caballeresco: *Servir á todas, amar á una.*

»Su instrucción es inmensa; su corazón, conservado por el sufrimiento, permanece sin mancha; todo es en usted bello y bueno; *¡cuidado, pues!* Su porvenir está ahora en esta sola palabra, la palabra de los grandes hombres. ¿No es verdad, hijo mío, que obedecerá á su Enriqueta, y que le permitirá continuar diciéndole lo que piensa de usted y de sus relaciones en la sociedad? Tengo en el alma una segunda vista que penetra el porvenir, tanto para usted como para mis hijos; déjeme, pues, usar en su provecho de esta facultad, don precioso que ha sido la paz de mi vida, y que, lejos de debilitarse, se robustece en la soledad y el silencio. En cambio le pido que me dé una felicidad: quiero verle

grande entre los hombres, sin que uno solo de sus triunfos me haga bajar la frente; quiero que eleve rápidamente su fortuna á la altura de su nombre y poder decirme que he contribuído con algo más que con el deseo á su engrandecimiento. Esta secreta cooperación es el único placer que puedo permitirme. Esperaré; no le digo adiós. Estamos separados, no puedo tener mi mano en sus labios, pero sabe perfectamente qué lugar ocupa en el corazón de su

«ENRIQUETA.»

Cuando acabé de leer aquella carta, sentí palpar bajo mis dedos un corazón maternal, precisamente en el momento en que el frío y severo recibimiento de mi madre había extendido sobre mi corazón una capa de hielo. Adiviné entonces por qué la condesa me había prohibido leer aquella carta antes de salir de Turena: temía sin duda verme caer á sus pies y sentirlos regados por mis lágrimas.

Por fin conocí á mi hermano Carlos, que hasta entonces había sido para mí casi un extraño; pero en sus menores relaciones me mostró una especie de desdén que establecía demasiada distancia entre nosotros para que pudiésemos amarnos fraternalmente. Los sentimientos dulces reposan generalmente en la igualdad de las almas, y entre nosotros no había ningún punto de cohesión. Me enseñó doctoralmente esas pequeñeces que la inteligencia ó el corazón adivinan; á propósito de todo parecía desconfiar de mí, y si no hubiera tenido un gran punto de apoyo en mi amor, me hubiera vuelto tonto afectando crearme un ignorante completo. Sin

embargo, me presentó en el mundo, donde mi sencillez debía hacer resaltar sus cualidades. Sin las desgracias de mi infancia, hubiera podido tomar por cariño fraternal su vanidad de protector; pero la soledad moral produce los mismos efectos que la soledad terrestre, y así como el silencio permite apreciar los más ligeros ruidos, la costumbre de refugiarse uno en sí mismo desarrolla una sensibilidad cuya delicadeza revela los menores matices del afecto que se nos tiene. Antes de haber conocido á la señora de Mortsauf, una mirada me hería, el sonido de una palabra brusca me desgarraba el corazón, y lloraba sin conocer nada de la vida del cariño; pero, á mi vuelta de Clochegourde, pude establecer comparaciones que perfeccionaron mi ciencia prematura. La observación que solamente se funda en el dolor es incompleta, porque la felicidad tiene también su luz, y yo me dejé avasallar tanto más voluntariamente por la superioridad del derecho de primogenitura, cuanto menos me engañaba Carlos.

No iba más que á casa de la duquesa de Lenoncourt, donde no oía hablar de Enriqueta, y en donde, á excepción del anciano duque, que era la sencillez misma, me dirigía la palabra; pero en la manera como fué recibido, adiviné las secretas recomendaciones de su hija. Cuando empezaba á perder el cándido sombrero que causa á todo principiante la vida del gran mundo; cuando entreveía grandes placeres, comprendiendo los recursos que ofrece á los ambiciosos; cuando me preparaba á poner en práctica los consejos de Enriqueta, admirando su profunda sabiduría, llegaba á los acontecimientos del 20 de marzo. Mi hermano

se fué con la corte á Gante, y yo, por consejo de la condesa, con quien sostenía activa correspondencia por mi parte solamente, acompañé al duque de Lenoncourt. La benevolencia habitual del duque se trocó en una sincera protección cuando me vió unido de corazón á los Borbones, y él mismo me presentó á Su Majestad. Los cortesanos de la desgracia son poco numerosos; la juventud tiene sencillas admiraciones, fidelidades desinteresadas; el rey sabía juzgar á los hombres, y tuvo la fortuna de agrandar á Luis XVIII. Es verdad que lo que en las Tullerías hubiera pasado inadvertido, en Gante, por el contrario, debía ser muy notado. Una carta de la señora de Mortsauf á su padre, traída con varios despachos por un emisario de los vendeanos, y en la que había una palabra para mí, me hizo saber que Santiago estaba malo. El señor de Mortsauf, verdaderamente desesperado, tanto por la enfermedad de su hijo como por ver que una segunda emigración empezaba sin él, había añadido algunas frases que me hicieron adivinar la situación de mi amada. Atormentada indudablemente por su marido, cuando pasaba todos sus instantes á la cabecera de la cama de Santiago; no teniendo reposo de día ni de noche; superior á las incomodidades, pero sin fuerzas para dominarse cuando consagraba toda su alma á cuidar á su hijo, Enriqueta debía necesariamente desear el socorro de una amistad que había hecho su vida menos pesada, aunque no fuese más que para servirla entreteniéndola al señor de Mortsauf. Muchas veces había yo conseguido alejar al conde cuando trataba de atormentarla, inocente astucia cuyo éxito me había valido algunas de esas miradas que

expresan un reconocimiento apasionado en que el amor ve promesas. Aunque estaba impaciente por marchar sobre las huellas de Carlos, enviado recientemente al congreso de Viena; aunque quería, á riesgo de mi existencia, justificar las predicciones de Enriqueta y emanciparse de la tutela fraternal, mi ambición, mis deseos de independencia, el interés que tenía en no separarme del rey, todo palideció ante la dolorida imagen de la señora de Mortsauf, y resolví abandonar la corte de Gante para ir á servir á mi verdadera soberana. Dios me recompensó. El emisario enviado por los vendeanos no podía volver á Francia, y el rey necesitaba un hombre adicto que se atreviese á llevar sus instrucciones. El duque de Lenoncourt sabía que el rey no olvidaría jamás al que se encargase de aquella peligrosa empresa; me ofreció al rey, sin consultarme, y yo acepté con alegría, feliz con poder volver á Clochegourde sirviendo á la buena causa. Después de haber sido recibido en audiencia secreta por el rey, volví á Francia, y tanto en París como en la Vendée tuve la dicha de cumplir los deseos de Su Majestad.

Hacia fines de mayo, perseguido por las autoridades bonapartistas á las cuales había sido señalado, me vi obligado á huir disfrazado de labrador, caminando á pie á través de la Alta Vendée, del Bocage y del Poitou, y cambiando de ruta siempre que me era necesario. Llegué á Saumur, de Saumur fuí á Chinón, y de Chinón, en una sola noche, gané los bosques de Nueil, donde encontré al conde á caballo y en medio de una landa. Me tomó á la grupa y me llevó á su casa, sin que encontrásemos á nadie que hubiera podido reconocerme.

—Santiago está mejor—fué su primera palabra.

Le confesé mi posición de emisario político perseguido como una bestia feroz, y el noble se atrincheró en su realismo para disputar á Chessel el peligro de recibirme.

Al percibir Clochegourde me pareció que los ocho meses que acababan de pasar eran un sueño. Cuando entramos en el salón, el conde dijo á su mujer:

—Adivina quién viene conmigo... ¡Félix!

—¡Es posible!—exclamó la condesa dejando caer los brazos, tanta era su sorpresa.

Me dejé ver, y los dos permanecimos inmóviles; ella clavada en su sillón, yo en el umbral de la puerta, contemplándonos con la fija avidez de dos amantes que quieren indemnizarse con una sola mirada de todo el tiempo perdido; pero avergonzada de una sorpresa que dejaba al descubierto su corazón, se levantó y se acercó á mí.

—¡Mucho he rezado por usted!—me dijo después de darme á besar su mano.

Me pidió noticias de su padre, y luego, adivinando mi fatiga, fué á ocuparse de mi habitación, en tanto que el conde me hacía dar de comer, porque me estaba muriendo de hambre. Enriqueta me destinó la habitación que estaba encima de la suya, es decir, la de su tía, adonde hizo que el conde me condujese, después de poner el pie sobre el primer peldaño de la escalera, dudando tal vez si hacía bien en acompañarme: yo me volví, ella se ruborizó, me deseó buena noche y se retiró precipitadamente. Cuando bajé para comer supe la derrota de Waterlóo, la fuga de Napoleón, la marcha

de los aliados sobre París y la vuelta probable de los Borbones. Estos acontecimientos, que lo eran todo para el conde, no fueron nada para nosotros. La noticia más importante para mí, pues no hablo de mis alarmas viendo á la condesa pálida y delgada, porque comprendía el estrago que podía causar un solo gesto de extrañeza y no demostraba más que el placer de verla, la noticia más importante para mí y para ella fué esta: —¡Tendrá usted hielo!

Muchas veces, durante el último verano, había sentido no tener agua bastante fresca para mí, que, no bebiendo otra cosa, la prefería helada, y al precio de infinitos trabajos é importunidades había hecho construir una nevera. Sabes mejor que nadie que al amor le basta una palabra, una mirada, una inflexión de voz, una atención ligera en apariencia; su más bello privilegio es probarse por sí mismo. Pues bien: su acento, su mirada, su placer, me revelaron la existencia de sus sentimientos, como antes yo le había mostrado los míos por medio de mi conducta en el juego. Pero los testimonios de su ternura no pararon en esto; siete días después de mi llegada, Enriqueta había recobrado su frescura, brillante de salud, de alegría y de juventud; volví, pues, á encontrar mi hermoso lirio embellecido, del mismo modo que encontraba aumentados los tesoros de mi corazón. Solamente en los espíritus mezquinos, en los corazones vulgares, puede la ausencia debilitar los sentimientos, borrar los rasgos del alma y disminuir las bellezas de la persona amada. Para las imaginaciones ardientes, para esos seres á cuya sangre presta el entusiasmo más color y más vida, y en quie-

CAPILLA ALFONSO XIII
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

nes la pasión toma la forma de la constancia ¿no produce la ausencia el mismo efecto de los tormentos que afirmaban la fe en los mártires haciéndoles á Dios visible? ¿No existen en un corazón lleno de amor deseos incesantes que dan más precio á las formas deseadas haciéndolas entrever iluminadas por el fuego de los sueños? ¿No se experimentan irritaciones que comunican la belleza de lo ideal á las facciones amadas? El pasado, recogido recuerdo á recuerdo, se engrandece, y el porvenir se puebla de esperanzas. Entre dos corazones en que abundan esos celajes eléctricos, la primera entrevista viene á ser como una tempestad bienhechora que reanima la tierra y la fecunda, llevándole las súbitas luces del rayo. ¡Cuán dulces placeres experimentaba viendo que en nosotros estos pensamientos y estos afectos eran recíprocos! ¡Con qué alegría contemplaba los progresos de la felicidad de Enriqueta! Una mujer que revive bajo las miradas del hombre amado, da una prueba de amor más grande tal vez que la que da la que muere asesinada por una duda ó marchita como una flor por falta de savia; no sé cuál de las dos es más conmovedora. El renacimiento de la señora de Mortsauf fué natural, como los efectos del mes de mayo en las praderas, como los del sol y el agua sobre las plantas agostadas. Como nuestro valle de amor, Enriqueta había tenido su invierno, y como él renacía en la primavera. Antes de comer bajamos á la azotea, y allí, acariciando la cabeza de su pobre niño, me refirió las noches pasadas á la cabecera del enfermo. Según me dijo, durante aquellos tres meses había tenido una vida completamente interna; había habitado como

en un palacio sombrío, temiendo entrar en suntuosos departamentos donde brillaban luces, donde se daban fiestas para ella prohibidas, y á las puertas de las cuales permanecía con un ojo sobre su hijo y el otro sobre un fantasma indeciso, con un oído para escuchar sus dolores y otro para oír su voz. Me recitó poesías inspiradas por la soledad, tan bellas como no las ha escrito ningún poeta, pero sencillamente sin comprender que hubiese en ellas el menor vestigio de amor, ni la menor huella de pensamientos voluptuosos, ni ese perfume oriental del sentimiento, suave como una rosa de Frangistán. Cuando el conde se unió á nosotros, Enriqueta continuó en el mismo tono, á fuer de mujer altiva que puede mirar á su marido y depositar sin ruborizarse un beso en la frente de su hijo. Habíaorado mucho y había tenido á Santiago noches enteras bajo sus manos juntas, no queriendo que muriese.

—Iba—decía—hasta las puertas del santuario á pedir á Dios su vida.

Había tenido visiones y me las refirió; pero en el momento en que su voz angelical pronunciaba estas palabras maravillosas: «Cuando yo dormía, mi corazón relaba», el conde la interrumpió diciendo:

—Es decir, que casi has estado loca.

Enriqueta calló, presa de un vivo dolor como si fuese aquella la primera herida que recibía, como si hubiera olvidado que nunca, en el espacio de trece años, había dejado aquel hombre de dirigirla una flecha al corazón. Ave sublime, alcanzada en su vuelo por aquel grosero grano de plomo, cayó en una especie de abatimiento estúpido.

—Y bien, caballero—dijo después de una pausa,—¿jamás ha de encontrar gracia una de mis palabras ante el tribunal de su talento? ¿Jamás tendrá usted indulgencia para mi debilidad, ni ha de comprender mis ideas de mujer?

Se detuvo: aquel ángel se arrepentía ya de sus murmullos, y medía con una mirada su pasado y su porvenir. ¿Podría ser comprendida? ¿No iba, por el contrario, á sufrir un violento apóstrofe? Sus venas azuladas latieron vigorosamente en sus sienes, sus ojos permanecieron secos, sus pupilas azules languidieron, y bajó su mirada hacia la tierra para no ver en la mía su pena engrandecida, sus sentimientos adivinados, su alma acariciada en mi alma y, sobre todo, la compasiva cólera de un amor joven, dispuesto como un perro fiel á devorar al que hiriese á su dueña, sin discutir la fuerza ni la calidad del agresor. Había que ver en aquellos momentos el aire de superioridad que tomaba el conde: creía triunfar de su mujer, y la anonadaba con una granizada de frases que repetían la misma idea y que se asemejaban á hachazos que devolvían el mismo eco.

—¿Continúa siempre el mismo?—pregunté cuando el conde se alejó, llamado por el picador, que venía á buscarle.

—Siempre—me respondió Santiago.

—Siempre excelente, hijo mío—repuso Enriqueta tratando así de sustraer al señor de Mortsauf al juicio de sus hijos.—Tú ves el presente, pero ignoras el pasado, y no podrías juzgar á tu padre sin cometer alguna injusticia. De todos modos, aunque tuvieses el dolor de ver que tu padre caía en alguna falta, el honor de la

familia exige que sepultes tales secretos en el silencio más profundo.

—Y ¿cómo van las obras de la Cassine y la Rhetoniere?—le pregunté para sacarla de sus amargos pensamientos.

—Mas allá de mis esperanzas—me respondió.—Concluidos hace poco tiempo los edificios, hemos encontrado arrendatarios excelentes, que han tomado la una en cuatro mil quinientos francos, pagados los impuestos, y la otra en cinco mil, siendo el arrendamiento por quince años. Hemos plantado tres mil pies de árboles en las dos nuevas posesiones: el pariente de Manette está muy encantado con la Rabelaye, y Martineau tiene la Baude. La hacienda de nuestros cuatro arrendatarios consiste en prados y bosques, á los cuales no llevan, como hacen otros colonos poco concienzudos, los abonos destinados á nuestras tierras de labor; así pues, *nuestros* esfuerzos han sido coronados por el mayor éxito. Clochegourde, sin las reservas á las que llamamos la hacienda del castillo, sin los bosques y los cercados, produce diez y nueve mil francos, y las plantaciones hechas por nosotros han preparado muy buena anualidad. Ahora trato de conseguir que se den nuestras tierras reservadas á Martineau, el guarda, á quien su hijo reemplazará en este puesto, y que ofrece tres mil francos si el señor conde le construye una granja en la Commanderie. Podemos entonces entregarle las tierras de Clochegourde, acabar la alameda proyectada hasta el camino de Chillon y no tener que cuidar más que las viñas y el arbolado. Si el rey, como es probable, vuelve, cobraremos otra vez *nuestra* pensión y consentiremos en todo,

CAPILLA ALFONSO XIII
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 DE MADRID

después de algunos días de lucha contra el buen sentido de *nuestra* mujer. La fortuna de Santiago será, pues, indestructible; obtenidos estos resultados, dejaré á mi esposo atesorar para Magdalena, á quien, por otra parte, el rey dotará, según costumbre. Mi misión está cumplida y tengo tranquila la conciencia. ¿Y usted?

Le expliqué mi misión y le hice ver hasta qué punto su consejo había sido sabio y fructuoso. ¿Estaba acaso dotada de segunda vista para presentir así los acontecimientos?

—¿No se lo he escrito á usted?—me respondió.—Sólo para usted puedo ejercer esa facultad sorprendente, de la cual no he hablado más que al señor de la Berge, mi confesor, que se la ha explicado por una intervención divina. Con frecuencia, después de algunas profundas meditaciones provocadas por temores respecto al estado de mis hijos, mis ojos se cerraban para las cosas de la tierra y penetraban en otra región. Cuando veía á Santiago y á Magdalena rodeados de una aureola luminosa, mis hijos estaban seguros de disfrutar durante algún tiempo de buena salud; si los veía envueltos en niebla, pronto caían enfermos. Á usted no solamente lo veo siempre brillante, sino que oigo una voz dulcísima que, sin palabras, por una comunicación mental, me comunica lo que usted debe hacer. ¿Por qué ley no puedo usar de ese don maravilloso sino para mis hijos y para usted?—dijo cayendo en el ensueño.—¿Acaso Dios quiere servirles de padre? se preguntó después de una pausa.

—Déjeme usted creer—le dije—que no obedezco más que á usted.

Dirigióme una de aquellas sonrisas que me causaban tan grande embriaguez de corazón, que no hubiera sentido entonces un golpe mortal.

—Así que el rey esté en París, deje Clochegourde y vaya allá—repuso.—Tan degradante como es pedir empleos y gracias, es ridículo no estar preparado para aceptarlos. Van á realizarse grandes cambios; los hombres capaces y seguros serán necesarios al rey, y no debe usted faltarle. Entrará usted joven en los negocios, y le será muy conveniente, porque para los hombres de Estado, como para los actores, hay ciertas pequeñeces del oficio que el genio no revela y que es preciso aprender. Mi padre ha oído esto al duque de Choiseul.

Y después de una pausa, añadió:

—Piense usted en mí; hágame experimentar los placeres de la superioridad en un alma toda pura. ¿No es usted mi hijo?

—¡Su hijo!—repuse con cierta tristeza.

—Nada más que mi hijo—dijo burlándose de mí.—No es tener un buen puesto en mi corazón?

Sonó la campana para comer. Tomó mi brazo y se apoyó en él con placer.

—Ha crecido usted—me dijo al subir la escalera.

Cuando estuvimos en la escalinata me agitó el brazo, como si mis miradas la hiriesen demasiado vivamente, pues aunque tenía los ojos bajos, sabía muy bien que él á ella miraba, y me dijo con un aire de falsa importancia lleno de gracia y de coquetería:

—Vamos á ver un momento nuestro querido valle. Se volvió, cubrió nuestras cabezas con su sombrilla de seda blanca, poniendo á su lado á Santiago, y el

movimiento de cabeza con que me mostró el Indre, la barca, los prados y las colinas me probó que desde mi estancia y nuestros paseos había contemplado muchas veces aquellos desvanecidos horizontes con sus sinuosidades vaporosas. La naturaleza era el manto con que abrigaba sus pensamientos. Ahora sabía ya lo que suspiraba el ruiseñor durante la noche, y lo que repite el cantor del pantano lanzando su quejumbrosa nota.

Por la noche, á las ocho, fuí testigo de una escena que me conmovió profundamente y que jamás había podido ver, pues siempre me quedaba á jugar con el señor de Mortsauf, en tanto que la condesa pasaba al comedor antes de acostar á sus hijos. La campana sonó dos veces y acudieron todas las gentes de la casa.

—Es usted nuestro huésped; sométase á la regla general del convento—dijo Enriqueta cogiéndome por la mano con ese aire de broma inocente que distingue á las mujeres verdaderamente piadosas.

El conde nos siguió. Amos, niños, criados, todos descubrieron sus cabezas y se arrodillaron, colocándose en los sitios de costumbre. Tocaba á Magdalena decir las oraciones: la hermosa niña las recitó con voz infantil, cuyos tonos ingenuos se destacaron con claridad en el armonioso silencio del campo y prestaron á sus frases ese santo candor de la inocencia, que es la gracia de los ángeles. Fué la oración más conmovedora que he oído en mi vida. La naturaleza respondía á las palabras de la niña con esos mil murmullos de la tarde semejantes al sonido de un órgano ligeramente pulsado. Magdalena estaba á la derecha de la condesa, y Santiago á la izquierda. Los graciosos rizos de aquellas dos ca-

bezas, entre las cuales se elevaba el elegante peinado de su madre, y que dominaban los cabellos enteramente blancos y el cráneo desnudo del señor de Mortsauf, componían un cuadro cuyos colores repetían en cierto modo al espíritu de las ideas inspiradas por la melodía de la oración; en fin, para satisfacer las condiciones de unidad que exige lo sublime, aquella recogida asamblea estaba envuelta por la dulce luz del sol poniente, cuyos tintes rojizos coloreaban la sala, dejando creer á las almas poéticas ó supersticiosas que el fuego del cielo visitaba á aquellos fieles servidores de Dios, arrodillados ante él sin distinción de rangos, en la santa igualdad apetecida por la Iglesia. Mis pensamientos, recordando los días de la vida patriarcal, engrandecían todavía más aquella escena, tan grande ya por su sencillez.

Los niños dieron las buenas noches á su padre, y los criados nos saludaron; la condesa se fué llevando de la mano á sus dos hijos, y yo fuí al salón con el conde.

—Le obligaremos á ganar su salvación por allá y su infierno por aquí—me dijo alegremente indicándome el chaquete.

La condesa se reunió con nosotros media hora después y puso su bastidor cerca de la mesa de juego.

—Esto es para usted—dijo extendiendo el cañamazo;—pero durante tres meses mi obra ha adelantado muy poco; entre este clavel rojo y esta rosa mi hijo ha estado enfermo.

—Vamos, vamos—repuso el señor de Mortsauf,—no hablemos más de eso. El cinco seis, señor enviado del rey.

Cuando me retiré, me quedé inmóvil y en silencio para oír la ir y venir por su cuarto. Si ella permanecía tranquila y pura, yo estaba asediado por esas locas ideas que inspiraban intolerables deseos. ¿Por qué no había de ser mía? ¿Estaba, acaso, sumergida como yo en la tormentosa agitación de los sentidos? Á la una de la madrugada salí de mi cuarto, bajé la escalera sin hacer el menor ruido, llegué delante de su puerta y permanecí inmóvil: apliqué el oído á la cerradura y oí su respiración, dulce é igual como la de un niño. Cuando me dominó el frío volví á subir, me metí en la cama y dormí tranquilamente hasta muy entrado el día. No sé á qué predestinación, á qué naturaleza debo atribuir el placer que experimento en adelantar hasta el borde del abismo, sondar el precipicio del mal, interrogar su fondo, sentir su frío y retirarme después sobrecogido. Aquella hora de la noche pasada en el dintel de su puerta, donde lloré de rabia, sin que ella haya sabido jamás que al día siguiente había hollado mis lágrimas y mis besos; su virtud, tan pronto destruída como respetada, maldecida como adorada; aquella hora, estúpida á los ojos de muchos, fué una inspiración de ese sentimiento desconocido que impulsa á los militares, pues muchos me han dicho haber jugado así su vida, arrojándose delante de una batería para saber si escaparían á la metralla y si serían felices sondeando de ese modo el abismo de las probabilidades, fumando, como Juan Bart, sobre un barril de pólvora. Al día siguiente, fuí á coger flores para hacer ramilletes, y el conde, á quien nada de este género conmovía, y para quien la frase de Champcenez: «Hace calabozos en España», parecía haber sido hecha, los admiró

Pasé algunos días en Clochegourde, haciendo cortas visitas á Frapesle, donde, sin embargo, comí tres veces. El ejército francés ocupó Tours, y aunque yo fuese evidentemente la vida y la salud de la señora de Mortsaufr, ésta me obligó á marchar á Chateauroux, para volver á toda prisa á París, por Issoudún y Orleáns. Quise resistir, pero me impuso silencio diciéndome que el genio familiar había hablado, y obedecí. Nuestra despedida fué, aquella vez, acompañada de lágrimas. Enriqueta temía la fuerza de seducción del mundo en que iba á vivir. ¿No era preciso entrar seriamente en el torbellino de pasiones, de intereses y de placeres, que hacen de París un mar tan peligroso para los amores castos como para la pureza de las conciencias? Le prometí escribirle cada noche los sucesos y los pensamientos del día, aun los más triviales, y á esta promesa apoyó su lánguida cabeza sobre uno de mis hombros, diciendo:

—No olvide usted nada; todo me interesará.

Me dió cartas para los duques de Lenoncourt, en cuya casa me presenté al día siguiente de mi llegada.

—Tiene usted suerte—me dijo el duque;—coma usted aquí, venga conmigo esta noche á palacio: su fortuna está hecha. El rey le ha nombrado esta mañana, diciendo: «Es joven, capaz y fiel.» El rey sentía no saber si estaba usted muerto ó vivo, y adonde lo habían llevado los sucesos después de haber cumplido tan bien su misión.

Aquella noche era ya miembro del Consejo de Estado, y tenía al lado de Luis XVIII un empleo secreto de duración igual á la de su reinado, puesto de confianza, sin favor aparente, pero sin peligro de desgracia,